

EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN CASTROS DE LA RÍA DE VILLAVICIOSA. PRECISIONES CRONOLÓGICAS

Jorge Camino Mayor

Durante los años 1995 y 1996 prosiguieron los trabajos de excavación en castros de la ría de Villaviciosa. En el primero de ellos se concluyó el corte estratigráfico abierto en el lado suroeste del castro de Camoca, mientras en el segundo se efectuó un sondeo de planteamiento similar en El Campón de Olivar.

EXCAVACIONES EN EL CASTILLO -CAMOCA-

En el número precedente de esta publicación se habían dejado los trabajos en este castro pendientes de la excavación de un par de capas subyacentes a la muralla y a una cabaña de planta oval.

Dentro de una mayor complejidad estratigráfica, se registraron dos nuevos niveles de habitación que han de sumarse al correspondiente a aquella cabaña.

El intermedio es monopolizado y definido por otra construcción de planta entre oval y elíptica con el eje longitudinal paralelo a la muralla. Su perímetro en el lado occidental está definido por una cimentación consistente en una zanja revestida de un falcado de cuñas verticales en la cara externa y horizontalizadas en la interna, en cuyo centro se intestaba la empalizada constitutiva de la pared. En el lado opuesto una gran zanja con menos aparato calzante indica el perímetro de la construcción. Las relaciones estratigráficas evidencian que la muralla, muy próxima a esta cabaña, fue levantada con posterioridad, si bien es incuestionable su funcionamiento simultáneo.

Por debajo, un nivel de relleno sellaba el primer piso de ocupación en esta zona. Restos de acumulaciones de bloques, diversas cimentaciones y niveles carbonosos pertene-

cientes por lo menos a dos construcciones testimonian esa primera etapa formada con anterioridad a la fabricación de la muralla. Debe señalarse que una de esas estructuras coincide casi exactamente en planta con la del segundo episodio de ocupación. La limitación del área excavada entorpece obviamente la recomposición de las trazas de las construcciones, alteradas además por las edificaciones subsiguientes.

La colección de materiales sigue presentando los mismos rasgos ya conocidos: cerámicas toscas de formas monótonas y sin apenas historial decorativo, entre las novedades sólo se registra un cacharro de pared interna bruñida y otro provisto de circulitos impresos que rodean en hilera la base del galbo.



Foto 1.-Camoca. Estratigrafía de las estructuras defensivas.



Foto 2.-Camoca. Tres fondos de cabaña superpuestos y línea de muralla.

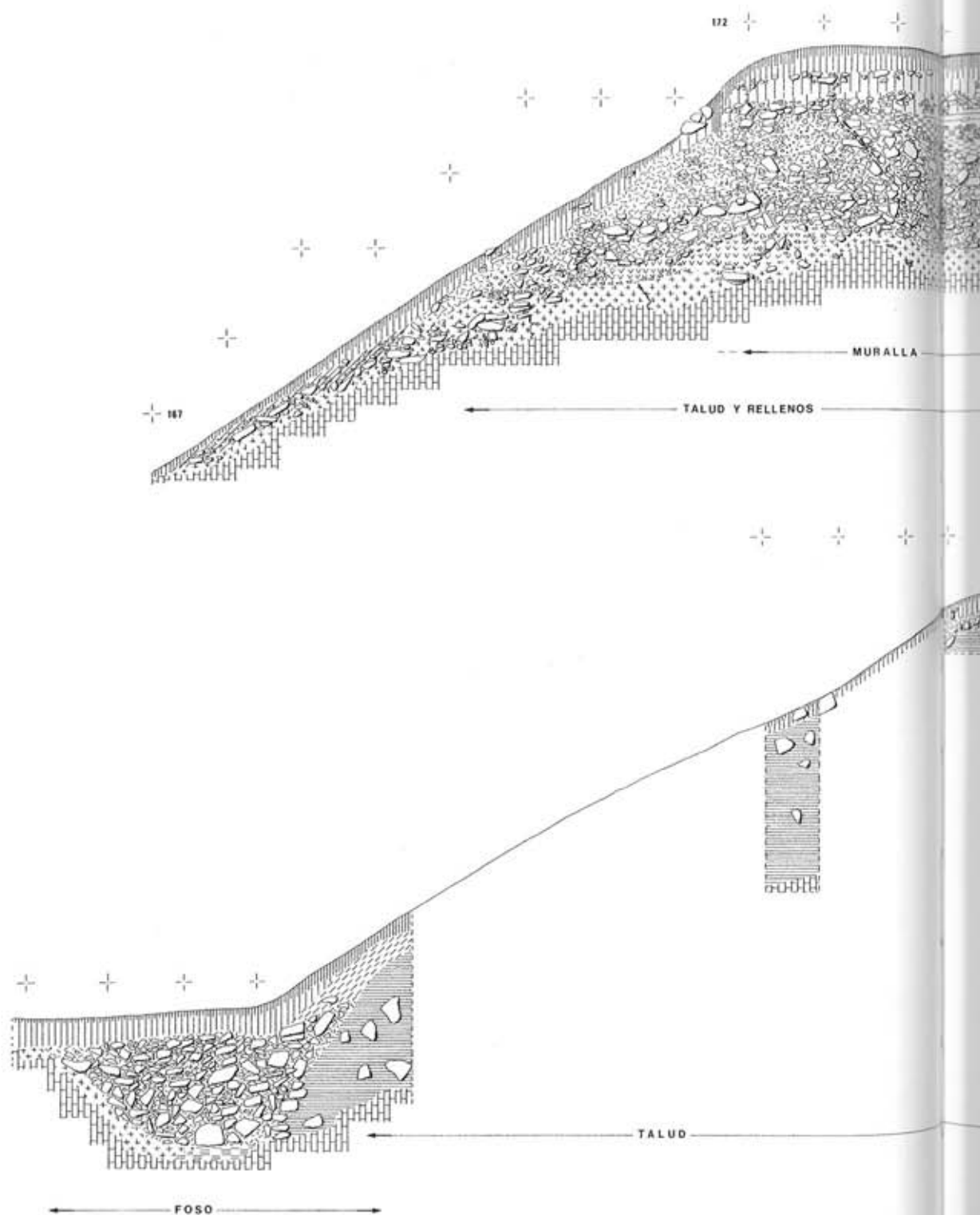
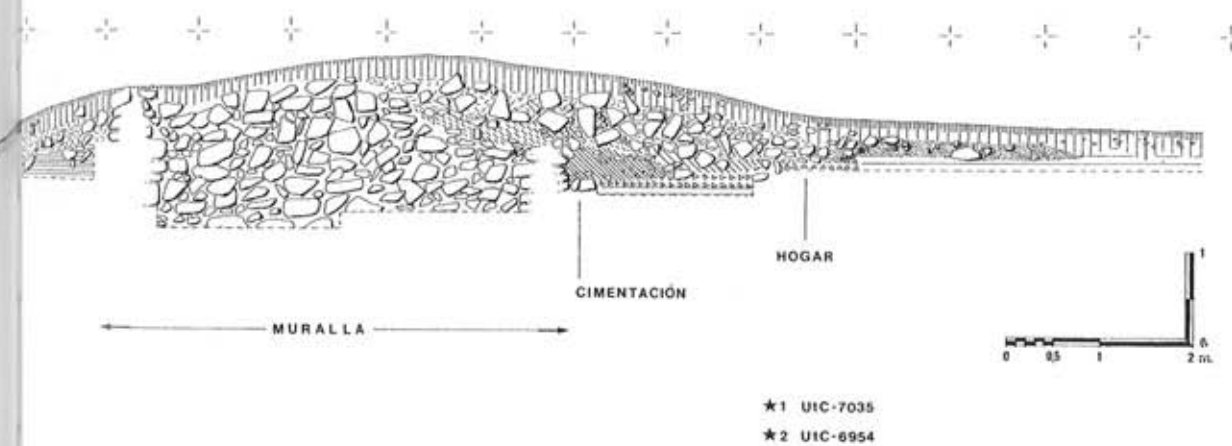
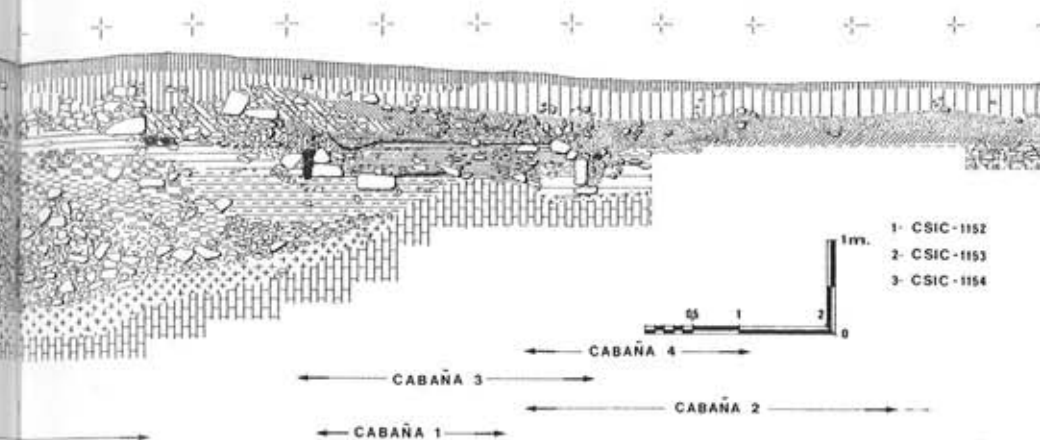


Fig. 2.—Perfiles estratigráficos de la primera edad del hierro correspondientes a los poblados de El Castillo (Camoca) y El Campón (Olivar) con trasposición de las muestras sometidas a datación.



En el *corpus* metálico se recuperaron un broche o colgante de tipo laciforme, como los aparecidos en La Majúa, con incisiones en *chevrons* y una anillita prolongada en una peana escaleriforme, ambas piezas de bronce. Ello además de fragmentos de dos moldes cerámicos, recortes de coladas, restos de vasijas-horno, goterones, escorias, etc. relacionadas con la actividad metalúrgica desarrollada en el poblado.

Del resto del repertorio pueden entresacarse varios huesos trabajados, el cuerpo inferior de un molino de vaivén, cantos con huellas de percusión y otros muchos objetos de calcinación.

EXCAVACIONES EN EL CAMPON -OLIVAR-

Se encuentra este yacimiento junto a la aldea de Olivar, en la margen derecha de la ría muy cerca ya de su bocana, sobre una mota a medio camino de la ladera que une la resaltada planicie de la rasa costera con el fondo de la depresión. Reconocido por J.M. González en 1969, pesa en él un absoluto silencio documental, a no ser la descripción contenida en la carta arqueológica del concejo (Martínez Villa y otros, 1989). A pesar de ello, sus rasgos estructurales son perfectamente deslindables sobre el terreno, reflejando su adaptación a uno de los tipos carismáticos en esta clase de poblados: un talud vigoroso deja en realce una meseta de forma oval, debiendo consignarse la existencia a su pie, en el lado occidental, de un hundimiento insinuador de un foso. En el alto destaca una ancha terraza que rodea el centro del recinto, estando en el lado occidental, a su vez, bordeada por un lomo de piedras. El asomo del roquedo en buena parte de la zona



Foto 3.—Camoca. Fondo de cabaña del primer nivel de ocupación. A la derecha se superpone la fundación de otra del segundo nivel.

nuclear y la laminación de la terraza en varios tramos revelan las limitaciones del registro arqueológico.

Por ello y con planteamientos similares a los adoptados en excavaciones anteriores, se trazó en el lado occidental, en apariencia el mejor conservado y poseedor de los más representativos elementos, una sección radial desde el confín de los afloramientos hasta la cubeta externa, comprendiendo, por tanto, la terraza del recinto, el dorso de piedras, el talud y el hipotético foso externo. En total una trinchera de treinta y cinco metros de recorrido por dos de anchura.

La parte más interna de la terraza apareció desprovista de cualquier vestigio arqueológico, y su piso de ocupación, una

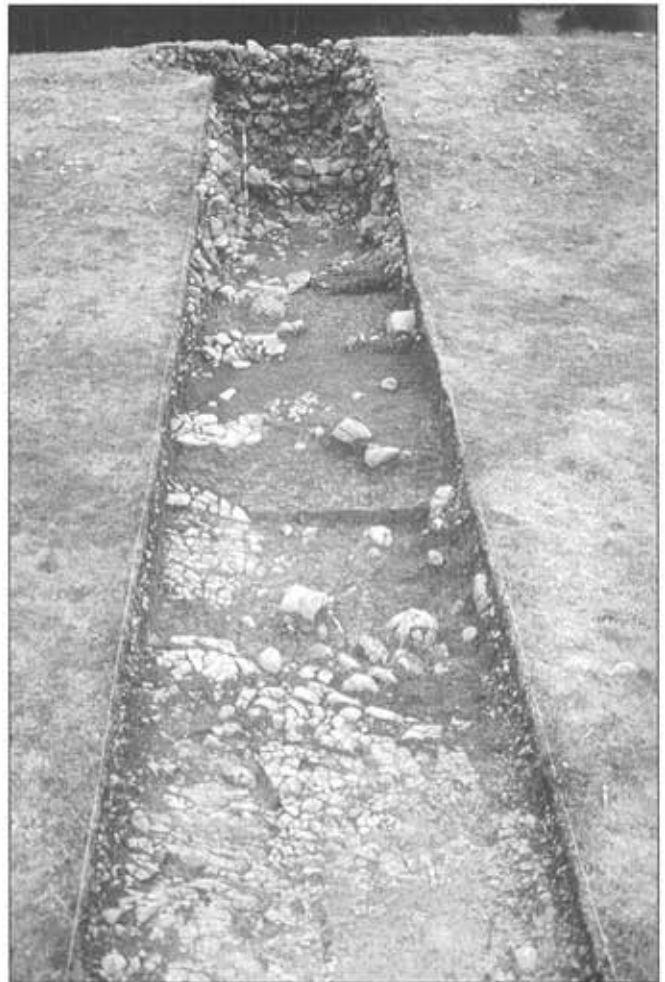


Foto 4.—Olivar. Excavación a lo largo de la terraza con el lomo de la muralla al fondo.

capa arcillosa muy plástica, presentaba la superficie ondulada, seguramente por la erosión. Hacia el frente de piedras se formó una lengua de tierra muy orgánica que incorpora restos de habitación.

La caída interna del parapeto pétreo estaba formada por un manto de piedras calcáreas de regular tamaño en caótico derrumbe, bajo el que se conserva otro nivel ceniciento con abundantes restos de malacofauna y un lecho cóncavo de tierra anaranjada. En el pavimento arcilloso una cubeta inferior a un metro de superficie, rubefactada y recubierta por madera carbonizada, señala la presencia de un hogar.

En la masa de piedras se diferenciaron unas cortas hiladas de bloques informes que habrían de componer el inestable lienzo interno de la muralla. Contigua a su base se desarrolla una solera de piedras con un trazado ligeramente curvo, tendiendo a separarse de aquél hacia el norte. La independencia de ambos muros vendría reforzada por la interposición de un alineamiento de calzos vinculados al más interno. Tras casi cinco metros de un amasijo de bloques que componen el relleno se encuentra el lienzo externo, de similares características al anterior.

A partir de aquí se desarrolla la pared del talud, debiendo consignarse su composición a base de una capa de arcilla masiva de más de dos metros de grosor con varios pisos alternos de bloques pétreos que actúan de compactación.

La depresión al pie del talud reveló la existencia de un foso de sección trapezoidal y pequeñas dimensiones —1,5 metros de profundidad respecto a la pared exterior y 2 metros de anchura en la base—. Su mayor particularidad estriba en que, frente a la conformación de la pared exterior en el rebaje de la roca, la interior se debe a los aportes que integran el talud.

La excavación fue, en definitiva, provechosa para definir la estructura defensiva del poblado, basada en un talud propiciado por rellenos —manera constructiva ya documentada en el castro de Camoca—, el foso precedente y la muralla coronante. El primero revela la antigüedad de la presencia de este elemento defensivo, aunque indudablemente sus reducidas dimensiones lo encuadran en una morfología primitiva. También de la muralla llama la atención su tosquedad, adoleciendo de falta de canteado de los mampuestos.

Por otra parte, el rodapié de piedras, el hogar y la capa de tierra rojiza —quizá debida al derrumbe de una pared—, a pesar de su inexpresividad motivada por la angostura de la sección excavada, bien pudieran anunciar la existencia de una cabaña, de las consabidas de material perecedero, que se emplazaría casi pegada a la muralla. No obstante, con la fragilidad de tales evidencias y a tenor de la inestabilidad constructiva del lienzo interno de la muralla, ha de quedar de momento en reserva la incorporación de una empalizada o encofrado de madera.

Al haber centrado la excavación en el conocimiento de las estructuras fortificativas, fue poco el espacio del recinto indagado, lo que unido a su reducido registro explica la inexpresividad del repertorio de materiales recuperado. Los tres centenares de fragmentos cerámicos corresponden a pastas de variada tonalidad —desde anaranjada hasta negruzca—, generalmente con abundantes desgrasantes blanquecinos —calcíticos—, aunque otras veces su ausencia coincide con una textura porosa. Las bocas algo abiertas, las panzas de tendencia globular y las bases planas revelan la sencillez de los tipos manufacturados.

También los objetos metálicos se encuentran mal representados, consistiendo en algunas piezas de bronce, entre las



Foto 5.—Olivar. Paramento interno de la muralla y basamento de una construcción.

que destaca un par de anillitas ensambladas. Falta por determinar si varias láminas férricas aparecidas entre el relleno de la muralla fueron fruto de labor metalúrgica o son meros restos de vetas naturales que, según pudimos apreciar, se insertan en ocasiones en las calizas. Alguna escoria acredita la práctica de cierto tipo de fundición.

Frente a la pequeña cuantía de semillas aparecidas —a todas luces un tipo de trigo—, los restos faunísticos son más abundantes, ya se trate de animales domésticos, ya de desechos de marisqueo en consonancia con la vecindad del estuario, estando todo ello pendiente de identificación.



Foto 6.—Olivar. Pequeño foso al pie del escarpe del talud.

DATAIONES

De las excavaciones en los dos yacimientos se extrajeron varias muestras de carbón vegetal para su datación radiactiva. Las de Camoca fueron procesadas en el Instituto Rocasolano del CSIC por el Dr. Fernán Alonso, en tanto las de El Campón, debido a su pequeño tamaño, se remitieron al acelerador de partículas de la Universidad de Utrecht.

Para Camoca los resultados fueron:

CSIC-1152, cabaña 4, 2475 $\pm$ 34 BP, cal BC 780 - 410
CSIC-1153, cenizales, 2538 $\pm$ 26 BP, cal BC 800 - 540
CSIC-1154, cabaña 3, 2449 $\pm$ 45 BP, cal BC 770 - 400

A tenor de la equivalencia estadística de las tres dataciones se han sometido al test de similaridad mediante la fórmula del chi cuadrado (Fernández, 1984) que arrojó 2499 $\pm$ 21 BP, cal BC 780 - 520. El problema, no obstante, se plantea con la ocupación inferior ya que la escasez de material orgánico requiere un tratamiento AMS inviable ante la ausencia de recursos. Parece pertinente, por tanto, que la datación CSIC-850, 2190 $\pm$ 50 BP, debe ser descartada para datar la ocupación del poblado, debiendo residir su anomalía modernidad, hoy sobradamente desmentida por el repertorio arqueológico, en deficiencias de muestreo.

En el caso de Olivar:

UtC-7035, ocupación interior, 2461 $\pm$ 31 BP, cal BC 758 - 418
UtC-6954, relleno muralla, 2508 $\pm$ 40 BP, cal BC 777 - 530

ESTUDIOS PALEOBOTÁNICOS

Una nutrida selección de restos orgánicos obtenidos en los poblados fue sometida a análisis de identificación con el fin de conocer los recursos subsistenciales utilizados y las condiciones ecológicas, en espera de que asimismo contribuyan a estudios más amplios sobre estos relevantes aspectos. A las determinaciones taxonómicas de restos faunísticos, se añadieron las paleobotánicas, que incluyeron los carpológicos y polínicos (realizados por P. Ramil-Rego) y los antracológicos (a cargo de P. Uzquiano). Se presenta únicamente un resumen de las conclusiones más destacadas. Conviene avanzar que la representación de palinoformos es muy baja, rara vez superior a los 100/cc, lo que dificulta la elaboración de un diagrama medioambiental.

Entre las especies arbóreas y arbustivas, ya sea en el depósito polínico o en los macrorrestos carbonizados, se reconoció en Camoca y Moriyón aliso, roble, castaño, pino silvestre —estos dos a lo largo de tres perfiles del segundo

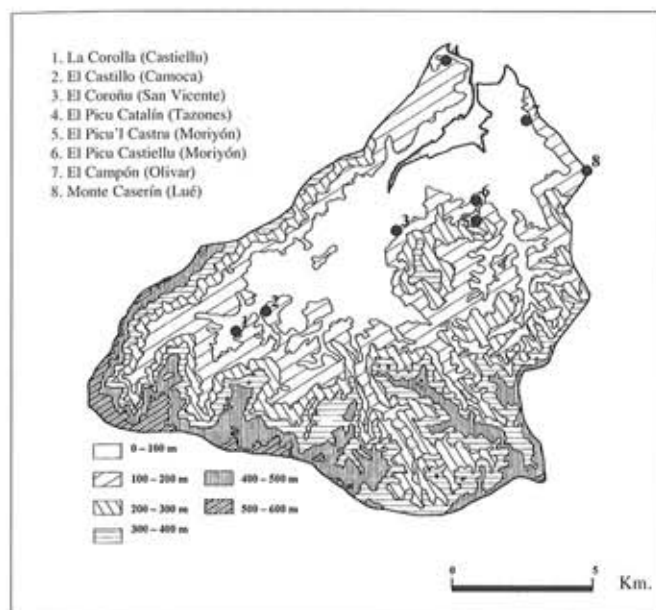


Fig. 1.— Mapa topográfico de la cuenca de la ría de Villaviciosa con indicación de los castros reconocidos.

poblado—, madroño, avellano, diferentes variedades de brezo y tojo. Sólo en Camoca se señala abedul, serbal y cerezo; mientras olmo, fresno y álamo aparecen exclusivamente en Moriyón. Son más abundantes ruderales, herbáceas y helechos. Sin duda, el piso forestal estaba dominado por *Quercus robur* (carbayo), o por lo menos su madera era la más utilizada en los poblados, pues suma casi la mitad de todas las muestras analizadas.

En cuanto a las especies cultivadas se detectó en Camoca abundante trigo —por algunas piezas florales caracterizado como escanda—, algo de avena y guisante, así como la recolección de bellota. Es interesante agregar la presencia de palinomorfos de *crucifera*, *vicia* y *linum* —en tiempos históricos el río Valdediós era denominado Linares—. En el castro de Olivar tan sólo se determinó por el momento la existencia de *Triticum*.

Moriyón reportó una gran abundancia de cereales —escanda, cebada, avena y mijo o panizo— complementados por leguminosas —habas y guisantes— y *cruciferae*, además de la recolección de bellotas, a las que se dedicó una estructura de almacenamiento. Destaca también la presencia de huesos de cerezas.

Del reparto de las precedentes especies alimentarias y de su compaginación con los vestigios faunísticos quizá puedan entresacarse algunas importantes conclusiones. Así, parece

que en los poblados de la primera Edad del Hierro los cereales están monopolizados por el trigo, y los restos de consumo cárnico apuntan a una ganadería abundante y variada. Por contra, en el interior de todas las cabañas de Moriyón el cereal es cuantioso y consta de una mezcla ternaria a base de trigo, cebada y avena, en tanto que escasean más los desechos faunísticos. En consecuencia esta documentación, inevitablemente fraccionaria, invita a considerar un fuerte impulso de la agricultura cerealística durante la segunda Edad del Hierro que, salvando las distancias, no deja de asemejarse a lo ocurrido en el área celtibérica.

ESTUDIOS PALEOMETALÚRGICOS

La relativa abundancia de objetos metálicos y de restos debidos a su producción en los castros de Camoca y Moriyón motivó una petición de documentación analítica al Dr. Salvador Rovira, que fue solícitamente atendida. Del informe que nos fue remitido, entresacamos aquellos aspectos más genéricos y que entendemos de mayor relieve.

En Camoca, a partir de un número reducido de análisis de piezas (vasijas-horno, goterones y escorias), la metalurgia parece monopolizada por producciones de bronce, predominantemente ternario con elevados porcentajes de estaño y plomo. Inclusive, la elevada composición en plomo de uno de los derrames de crisol hace pensar en la constante refundición de chatarra. Varios fragmentos de vasijas-horno, moldes cerámicos y rellenos metálicos de bebederos de moldes informan de los pasos de esta actividad artesanal. Junto a esos aspectos tecnológicos, el inventario de piezas —caso de la hoz con nervaduras de tipo Castropol, un broche tipo La Majúa, los remaches cónicos, brazaletes, anillo, etc.— anota la herencia, o si se quiere perduración cultural, del horizonte del Bronce Final atlántico.

En Moriyón parece que la producción de bronce se conseguía mediante reducción directa de minerales de cobre y estaño fundamentalmente, aunque algunas piezas tienen una composición ternaria debido a la incorporación de plomo cuya participación es, no obstante, sumamente desigual.

En cambio, la mayor parte de los elementos metalúrgicos remite a la obtención de hierro. La identificación de una pirita —mineral quizá no beneficiado en este momento a causa de la necesidad de tostación previa— sugiere el laboreo de vetas mineras mejor que de depósitos aluviales. Las escorias resultantes de la fundición alternan entre su bajo y alto contenido de mineral, irregularidad explicable por una reducción poco homogénea y en hornos sin piqueta de sangrado. Un pequeño número de fragmentos de paredes de horno dejan ver su composición con barro revestido en la cara interna con arena

cuarcítica, que actuaba como fundente y que en ocasiones aparece vidriada. Del tamaño de algunas escorias de forma plano-convexa constituidas en la solera del horno se desprenden sus reducidas dimensiones, quizá de un diámetro no superior a los 40 centímetros. Todo parece indicar la presencia de pequeños hornos de cubeta, seguramente cerrados por una cúpula de barro, que, a juzgar por la zona de aparición de sus desechos, se encontraban durante la segunda fase de ocupación prioritariamente en la vertiente septentrional del poblado.

CRONOLOGÍA

En el II Congreso de Arqueología Peninsular, celebrado en Zamora en septiembre de 1996, se presentó una comunicación sobre el marco cronológico de la cultura castreña en Asturias que debiera exculpar la incorporación de razonamientos que ya serían reiterativos en este artículo. Sin embargo, la tardanza en la publicación de ese trabajo, la edición de otros que refutan ciertos aspectos cronológicos de los castros de Villaviciosa y, en definitiva, la incorporación de las ilustrativas dataciones del castro de Olivar parecen causas suficientes para abordar de nuevo con cierto detenimiento el tema cronológico, máxime si se tiene presente que suele ser el que recaba aún más atención en los estudios regionales de este periodo.

Dejando a un lado otras cuestiones ahora colaterales, y tomando como base la cultura material, la secuencia estratigráfica y las dataciones radiactivas conocidas en el centro-oriental de la región, se proponía una estructuración de la Edad del Hierro regional en las siguientes etapas.

La inicial o primera Edad del Hierro

Este periodo estaba ejemplificado por el castro de Camoca con varias capas de ocupación de cultura extraordinariamente uniforme. Las fechas C-14, comprendidas entre los siglos VIII-VI cal BC, permiten así un sustancial envejecimiento respecto a la asignación en torno al siglo V que previamente fundamentábamos con prudencia a partir de la estratigrafía relativa y una equívoca datación radiactiva (CSIC-850) achacable a las deficiencias del muestreo. Eran susceptibles de integración en esta fase el estrato VII de Campa Torres -a tenor de la datación UBAR-321 y de algunos de los materiales publicados-, y una incierta parte antigua de la primera fase de ocupación de Moriyón. Igualmente podría tener aquí cabida el enigmático poblado de La Corolla, aún insuficientemente caracterizado. A ese horizonte debe agregarse ahora con plena garantía el castro de Olivar, puesto que su datación es completamente parangonable a la de Camoca.

La identidad cultural de esta etapa es rastreable en la fachada atlántica septentrional de la península y en el traspaís inmediato, con carismáticos ejemplos en Álava y Pontevedra, tal como destacamos en el número anterior. Su vinculación con el substrato local parece indudable, si bien mediatizado por la herencia, o quizá continuidad, del Bronce Final atlántico. Particular interés puede recabar la comunión de formas metálicas propias de la región con el territorio leonés, como ocurre con las hoces de botón tipo Castropol, los broches o laciformes y los brazaletes tipo La Majúa; recordando conexiones ya planteadas previamente a propósito de las hachas de apéndices laterales (De Blas, 1984-85).

Sorprende la compostura que adquieren algunos de los poblados de este periodo, sobremanera cuando no fueron perturbados por ocupaciones posteriores, como en especial es el caso de Camoca y Olivar, en un marcado paralelismo con el castro de Torroso (Peña Santos, 1992). El protagonismo de la producción metalúrgica, cuya circulación es achacada al impulso de las factorías fenicias (Ruiz Gálvez, 1987), estaría respaldado en el caso asturiano por los recursos cupríferos explotados ya de antaño (De Blas y Fernández Manzano, 1992).

En este contexto que pone de relieve las relaciones comerciales y de prestigio ligadas a diversos productos, pero cuya prevalencia parece detentada por la actividad metalúrgica, resulta tentador vincular esta emergencia de los poblados asturianos de la primera Edad del Hierro, indudablemente conectados a ese intercambio y producción de metales, con el modelo de "economías mundiales" formulado por Wallerstein y aplicado a Europa Central durante este mismo periodo y bajo unas relaciones coloniales/comerciales, o, mejor, políticas y económicas previsiblemente equiparables en cierto grado (Frankenstein, 1997).

La transición entre la primera y segunda Edad del Hierro

Se propugna esta fase a partir de la crisis que afecta al régimen del poblamiento castreño conocido de la primera Edad del Hierro: el abandono del castro de Camoca es acompañado por el de Olivar, y en Campa Torres se alude a un hiato que parece coincidir en ese momento de tránsito (Maya y Cuesta, 1995), aunque la entidad de este aspecto deberá ser examinada con atención en el estudio de la cronología del poblado. En general se aprecia una carencia o debilidad de formaciones estratigráficas. No obstante, ya que resulta dificultoso por ahora precisar los márgenes de esta etapa, debe entenderse ante todo el carácter conceptual de la misma. Con todo, parece que pudiera tener su inicio en algún momento del siglo VI a.C. prolongándose hasta el siglo IV. A pesar de las sombras que emanan de este acontecimiento, del que es necesario conocer por ejemplo su escala local o regional, es

indudable que anuncia una sugerente correspondencia cronológica y procesual con lo acontecido en vastos ámbitos geográficos continentales y del Mediterráneo, lo cual parece querer ratificar su adscripción en mayor o menor medida al régimen derivado de aquel modelo de "economía mundial".

La reciente o segunda Edad del Hierro

La mejor representación de esta etapa en varios castros excavados favorece una interpretación mucho más solvente, aunque obviamente subyacen ajustes de detalle. Por mi parte he defendido el paralelismo cronológico y cultural de los castros de Caravia, Moriyón y la franja correspondiente de Campa Torres. En el horizonte se atisba una primera división de esta etapa en dos fases, las cuales pueden estar apoyadas en sendas ocupaciones en los castros de Caravia y Moriyón con reflejo en la evolución de la cultura material y percepción de influencias foráneas, pero es indispensable establecer el correlato exacto entre esas cuestiones que pudieran asimismo manifestarse en la Campa.

Un problema de mayor alcance ha sido motivado por la discordancia en la datación de las murallas de módulos de Campa Torres y Moriyón, debido a que la del castro gijonés fue encuadrada en el intervalo cronológico de la primera Edad del Hierro, en tanto la otra encaja en la segunda. No viene al caso entrar en las causas y explicación de la controversia surgida, las cuales he desarrollado en un trabajo de futura aparición. En cambio, estimo de mayor apremio corregir erróneos juicios realizados sobre la secuencia cronológica del castro de Moriyón, provocados con la intención de subsanar las diferencias desde la perspectiva de los investigadores de la Campa (Cuesta, Jordá, Maya y Mestres, 1997). Esto no sería necesario si se hubiesen editado las actas del II Congreso Peninsular de Arqueología, donde se valoraron las dataciones de ese poblado, que hasta entonces sólo se publicaron en forma de ficha sinóptica compiladora de los datos entrecruzados con el laboratorio (Camino, 1995: 125).

Del conjunto de muestras analizadas, varias tienen inequívoca conexión con el momento inicial de la segunda fase del poblado:

—CSIC-875, 2320 $\pm$ 45 BP, cal BC 410-240. Proviene de la unidad estratigráfica 54, la primera fase de ocupación subyacente a la muralla, y por lo tanto arroja, bajo una forma contextual, un *terminus post quem* para la misma.

—CSIC-874, 2200 $\pm$ 50 BP, cal BC 390-100. Se extrajo de la unidad estratigráfica 46, una capa de nivelación que se adosa a la base del lienzo interno de la muralla y sirve de apoyo a una caminería enlosada. Es interpretable en una relación *simul quem* con la muralla y, en todo caso, indica un *terminus ante quem*.

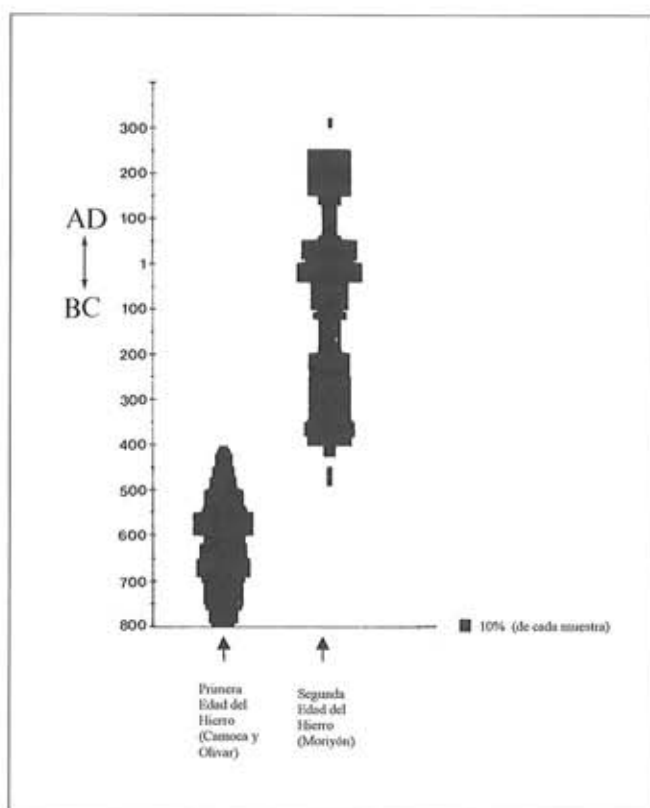


Fig. 3.—Distribución de las dataciones de los castros de Villaviciosa calibradas a 2 sigmas según probabilidades por clases decenales. Se ha excluido CSIC-850, cuya discordancia con la secuencia cultural es debida a defectos de muestreo.

Las columnas expresan palmariamente la ruptura entre los poblados de la primera y segunda edad del hierro, con un brusco estrangulamiento en el siglo V a.C. Por otra parte, se refleja el colapso del poblado de Moriyón con posterioridad al cambio de Era y una parcial actividad posterior.

—CSIC-873, 2280 $\pm$ 50 BP, cal BC 400-190. Se obtuvo de la unidad 33, el nivel de derrumbe del lienzo interno de la muralla, en la misma columna estratigráfica que las anteriores con el fin de obtener una secuencia cronológica completa en esa zona del poblado. Es evidente que la misma, incluso más antigua que la asociada a la construcción de la muralla, rompe la coherencia con la anterior y debe de tener alguna explicación arqueológica, puesto que no es fruto de una deficiencia de muestreo ni de asignación estratigráfica. A juzgar por la extensión de lo publicado, parece haber provocado el quebradero de cabeza de diversos investigadores (Cuesta, Jordá, Maya y Mestres, 1997). Resulta desconcertante tanta torpeza teórica que no alcanza a comprender que unos restos

de carbón vegetal situados en la maraña del derrumbe de una muralla puedan ofrecer una fecha más antigua que la que data la fundación. Con independencia de alguna otra posible explicación que no se contempla aquí por su prolijidad, ¿acaso no será probable que se trate de un material incorporado al relleno de la muralla y cuyo proceso de derrumbe comportó algo muy similar a las célebres inversiones estratigráficas? Con esta valoración de su localización deposicional, en principio cabe esperar una conexión de *terminus simul quem* con la edificación de la muralla, aunque su mayor vejez parcial que las anteriores no debe descartar que se trate de desechos de la primera fase de ocupación y signifique curiosamente un *terminus post quem* para la muralla.

-CSIC-876, 2100 $\pm$ 60, cal BC 210 - cal AD 30. Procede del maderamen de la desplomada pared oriental de la cabaña nº 2, erigida sobre el mismo nivel que el módulo 2 de la muralla. Teóricamente corresponde a una posición ligeramente posterior a la muralla y supone otro *terminus ante quem*.

Aunque la datación CSIC-874 soporta la mayor fidelidad con la fundación de la muralla, se ha intentado limitar su largo intervalo cronológico mediante la combinación con CSIC-873 y CSIC-876 en un test de similaridad estadística (Fernández Martínez, 1984). Podrá alegarse que CSIC-876 puede rejuvener el resultado por su mayor potencial moderno respecto a la muralla. Esta circunstancia, si no está agravada por una remodelación del maderamen estructural de la cabaña, siempre posible pero no verificada, se neutralizaría con el componente envejecedor de CSIC-873, ya que pudiera tratarse también de un elemento viejo vertido en la muralla y no sincrónico con ella, explicándose así la mayor antigüedad que CSIC-874.

El balance de esta operación fue 2203 $\pm$ 30 BP, cal BC 380-180.

Ahora bien, si se tiene en cuenta que el estrato previo a la muralla, la U.E. 54, aportó una datación cuya máxima vejez apenas desborda el 400 a.C. y que debe de dotársele de una franja cronológica a lo largo del siglo IV, corroborada por la presencia de cerámicas propias de la segunda Edad del Hierro, lógicamente en detrimento de la construcción de la muralla en el tramo alto de su intervalo, no parece descabellado que se defienda la construcción de la muralla de Moriyón en el siglo III a.C.

Existe, por último, otra datación que pretendía fechar el nivel de la primera fase de ocupación, CSIC-849, 1900 $\pm$ 60 BP, cal AD 1-250, claramente contradictoria con toda la secuencia ocupacional del poblado. Como ya se explicó en el citado Congreso, pudiera muy bien obedecer a una infiltración contaminante motivada por las sacas de piedra que afectaron a la muralla y su relleno, tal como se muestra en un perfil simplificado que ya fue publicado (Camino, 1996: fig.

1A). No vale la pena insistir en esta datación dado su contraste con la evolución del yacimiento, a no ser para entrar en pormenores de la estratificación que ahora en nada vienen al caso.

En suma, es de esperar que estos comentarios valgan para explicar la datación de la segunda fase del poblado de Moriyón durante la segunda Edad del Hierro, siendo su surgimiento muy probablemente en el siglo III a.C. Esta es, por tanto, la cronología propuesta para la erección de la muralla de módulos, inequívocamente distante de la sostenida para la de Campa Torres -UBAR-321, 2460 $\pm$ 50 BP, cal BC 764-409-, resultando esta última, por contra, absolutamente pareja a las de Camoca y Olivar en un ámbito pleno de la primera Edad del Hierro, pero cuyas murallas responden a modelos estructurales y formales diferentes.

Recientemente ha visto la luz un conjunto de dataciones relativas al castro de Llagú, poblado provisto también de murallas de módulos, de las cuales se desprende la existencia de una fase antigua asignable a la Edad del Hierro. Frente a un sólido grupo de siete dataciones cuyo intervalo abarca los siglos IV y III a.C., otras dos -UBAR-493 2380 $\pm$ 48, 558-369 cal BC al 78,24%, y UBAR-495 2380 $\pm$ 50, 593-581 (sic), seguramente 593-381- cal BC al 75,95%- cuya calibración a dos sigmas se dispara hacia los siglos VI-V a.C., "marcarían preferentemente el inicio del poblado en el siglo V cal a.C. o, como muy tarde, a comienzos del siglo IV" (Maya y Mestres, 1998: 10), en un curioso acercamiento a la muralla de Campa Torres.

No obstante, si se repara en la armonía del lote de siete dataciones convergentes en los siglos IV-III a.C., en que además el intervalo de aquellas dos más viejas incluye el comienzo del siglo IV a.C., y, finalmente, en que una de éstas proviene del espacio externo a la muralla, consiguiendo fuere del recinto de ocupación, resultará que, irónicamente, la construcción del tramo antiguo de la muralla de módulos de Llagú insinúa una contundente coincidencia cronológica con la de Moriyón y no con la de Campa Torres.

Por otra parte, ya hemos tenido ocasión de abogar por la similitud poliorcética de las murallas de módulos asturianas con las denominadas de cajones que se localizan en el levante y mediodía peninsular (Camino, 1998), y se consideran innovaciones recibidas desde los establecimientos coloniales (Moret, 1991 y 1996). No me detendré en este tema en espera de hacerlo pronto con mayor profusión, excepto para avanzar que, apesar del todavía débil conocimiento de esta técnica constructiva, se ha detectado en varias ciudades del valle del Ebro en una aparente progresión hacia el interior desde la desembocadura de ese río (Asensio, 1995), quizás a partir del 350 a.C. en que se datan las del Castellet de Banyoles (Gracia, Munilla y Pallarés, 1991).

BIBLIOGRAFÍA

- ASENSIO ESTEBAN, J. A., 1995, *La ciudad en el mundo prerromano en Aragón*. Caesaraugusta, 70.
- BLAS CORTINA, M. A. de, 1984-85, "El molde del castro leonés de Gusendos de los Oteros y las hachas de apéndices laterales curvos peninsulares". *Zephyrus* XXXVII-XXXVIII, págs. 277-296.
- BLAS CORTINA, M. A. de, y FERNÁNDEZ MANZANO, J., 1992, "Asturias y Cantabria en el primer milenio a.C." *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum, 2-3, págs. 399-416.
- CAMINO, J., 1995, "Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa: apuntes para una sistematización de la Edad del Hierro". *Excavaciones arqueológicas en Asturias*, 1991-1994. Págs. 117-126.
- CAMINO, J., 1996, El honor del paisaje. Arqueología y medio rural en Asturias.
- CAMINO, J., 1998, "Excavaciones en castros de la ría de Villaviciosa". *Estudios del poblamiento prerromano de la ría de Villaviciosa*. Cuadernos Cubera, 9. Págs. 43-86.
- CUESTA, F., JORDÁ, J., MAYA, J. L. y MESTRES, J., 1996, "Radiocarbono y cronología de los castros asturianos". *Zephyrus*, 49. Págs. 225-270.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M., 1984, "La combinación estadística de las fechas de carbono-14". *Trabajos de Prehistoria*, 41. Págs. 349-359.
- FRANKENSTEIN, S., 1997, *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en sur de la Península Ibérica y en el suroeste de Alemania*.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ-VALLES, J. M., 1973, "Castros asturianos del sector lucense y otros no catalogados". *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXVIII, págs. 143-152.
- GRACIA, F., MUNILLA, G. y PALLARES, R., 1991, "Estructuración del poblamiento y sistemas defensivos en el área de la desembocadura del Ebro. Dos casos de estudio: La Moleta del Remei (Alcanar) y el Castellet de Banyoles (Tivissa)". *Fortificacions. La problemàtica de l'iberic Ple: (segles IV-III a.C.)*. Págs. 67-77.
- MARTÍNEZ VILLA, A. y otros, 1989, Carta Arqueológica del Concejo de Villaviciosa, ficha n.º 66, Consejería de Cultura, inédito.
- MAYA, J. L. y CUESTA, F., 1995, "Estratigrafía e interpretación histórica de la Campa Torres (1991-1994)". *Excavaciones arqueológicas en Asturias* 1991-1994. Págs. 105-116.
- MAYA, J. L. y MESTRES, 1998, "Dataciones prerromanas del Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo)". *Revista de Arqueología* n.º 195, págs. 6-11.
- MORET, P., 1991, "Facteurs indigènes et exogènes dans l'évolution de l'architecture défensive ibérique". *Fortificacions. La problemàtica de l'iberic ple: (segles IV-III a.C.)*. Págs. 265-271.
- MORET, P., 1996, *Les Fortifications Ibériques. De la fin de l'Age du Bronze à la conquête romaine*. Collection de la Casa de Velázquez, 56.
- PEÑA SANTOS, A. de la, 1992, *Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). Síntesis de las memorias de las campañas de excavaciones 1984-1990*. Arqueoloxía/Memorias, 11.
- RUIZ-GALVEZ, M., 1987, "Bronce Atlántico y "cultura" del Bronce Atlántico en la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria*, 44, págs. 251-264.